

EL PROCESO DE DEFINICIÓN Y CONSTRUCCIÓN DEL ESPACIO EUROMEDITERRÁNEO DE COOPERACIÓN Y SEGURIDAD

Antonio Gomariz Pastor

*Licenciado y DEA en Ciencias Políticas
y especialista en seguridad internacional*

Introducción

En el año 2005, la Cumbre de Barcelona reunía a 38 Estados pertenecientes a la Unión Europea y al Mediterráneo Sur para impulsar el espacio euromediterráneo de cooperación y seguridad a partir de la conmemoración de la Conferencia Euromediterránea de Barcelona, celebrada una década antes y que puso en marcha el llamado Proceso de Barcelona, un diálogo político que pretendía crear una zona estable de paz y prosperidad en torno al Mediterráneo mediante una Asociación Euromediterránea (AEM). Era la primera ocasión en que la AEM reunía a jefes de Estado y de gobierno.

Complejidad y dificultad, esas son las características que mejor ilustran la definición y construcción del espacio euromediterráneo de cooperación y seguridad. Y así lo constata la evolución de las cuatro últimas décadas, el tiempo transcurrido desde que se comenzaron a plantear las primeras iniciativas de aproximación, colaboración y cooperación entre algunos países de Europa y otros de la orilla sur mediterránea y de las primeras políticas de la entonces Comunidad Económica Europea hacia el Mediterráneo Sur. Como afirmara Braudel, por un lado, y Bishara Khader, por otro, el Mediterráneo es como:

«Mil cosas en una» y es «demasiado estrecho para separar, demasiado largo para unificar.»

El presente trabajo pretende fundamentalmente conocer el estado actual de ese espacio euromediterráneo, partiendo del hecho de que todavía se halla en proceso de definición y construcción, porque, como veremos, no es precisa su delimitación ni se ha consolidado un intercambio homogéneo y equilibrado entre los socios participantes. Y lo haremos evaluando el Proceso de Barcelona, su evolución, las deficiencias detectadas y las propuestas de mejora, así como describiendo otras iniciativas desarrolladas por la Unión Europea y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) que han acompañado a este Proceso y que si no resultan incompatibles sí han sembrado dudas acerca de su complementariedad, su coexistencia y las consecuencias de dispersar los esfuerzos para lograr ese espacio euromediterráneo. Concretamente, se desarrollan dos instrumentos, la Política Europea de Vecindad (PEV) y el Diálogo Mediterráneo, por estas dos

Organizaciones y que, más definido y avanzado el primero, hacen que tenga que replan-
tearse el Proceso de Barcelona desde nuevos enfoques.

Se expone brevemente el contexto social y económico en el que se desarrolla este espa-
cio euromediterráneo, con las dificultades y obstáculos que están presentes desde el
mismo inicio del Diálogo, sea bilateral, del Proceso de Barcelona o multilateral. Veremos
cuáles son las razones por las que la AEM ha tenido escasos avances y logros muy
modestos y cómo la Unión Europea activa la PEV referida al Mediterráneo con un exce-
sivo rigor que puede bloquear sus objetivos, muchos coincidentes y compatibles con el
Proceso de Barcelona.

El segundo aspecto que aborda el trabajo es la concreción del espacio euromediterrá-
neo de seguridad desde los actores principales, la Unión Europea y la OTAN, destacan-
do el estudio de los factores que están obstaculizando la definición y construcción
institucional y social del diálogo político y la seguridad, entre los que merece una consi-
deración breve el terrorismo.

Finalmente, a modo de conclusiones, nos preguntamos por las perspectivas y el relan-
zamiento de los diálogos euromediterráneos, acompañándolo de algunas reflexiones y
propuestas de interés.

En definitiva, sobre el diálogo euromediterráneo siguen habiendo más preguntas que
respuestas, más decepción que satisfacción, más dispersión que concreción y más
voluntarismo e intenciones políticas que compromisos estables y objetivos cumplidos.
Pese a todo, se ha ido completando un gran acervo de experiencias, acuerdos y planes
que sirven como lecciones aprendidas y, sobre todo, una realidad que se construye len-
tamente, en un proceso abierto, con ausentes que esperan su participación y para la que
se requiere más imaginación, garantías políticas y económicas así como un marco más
estructurado y desarrollado que permita más avances y de forma más rápida.

Para la elaboración del trabajo se han consultado y examinado documentos procedentes
de la Unión Europea, de la OTAN y de diversos centros de investigación y estudio en rela-
ciones internacionales y la defensa españoles, como el Real Instituto Elcano, la Fundación
CIDOB, la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior, el Instituto
Europeo del Mediterráneo, el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional.

Un nuevo espacio euromediterráneo de cooperación

En el año 1995, cuando se inició el llamado Proceso de Barcelona que activó el diálogo
político, económico y social en el espacio euromediterráneo de forma institucionalizada
y estructurada, Prat y Coll se preguntaba si había razones para elaborar una nueva polí-
tica euromediterránea desde la Unión Europea, en un momento en que se ampliaba la
Unión Europea por el Norte y en un entorno internacional favorable para abrir nuevas ini-
ciativas y soluciones en los conflictos del Mediterráneo. Una pregunta pertinente des-
pués de dos largas décadas precedentes de tímidos y dispersos pasos de la Comunidad
Europea en pro del acercamiento a la orilla sur del Mediterráneo, buscando una mayor
cooperación entre los países de ambos lados y entre una Europa en construcción y otras

organizaciones árabes que no mantenían contactos estructurados e institucionalizados fuera de las grandes organizaciones de seguridad como la Organización de Naciones Unidas (ONU) o la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE).

Este contexto internacional favorable a la resolución de conflictos derivaba del optimismo de los años precedentes (colapso de la Unión Soviética, Conferencia de Madrid o el Proceso de Oslo) y fue determinante para el surgimiento de diferentes iniciativas de carácter multilateral. Y Prat dio tres respuestas para esgrimir tres razones, dos de la Unión Europea y una sobre una percepción de la Unión Europea: una, corregir el claro desequilibrio de la acción exterior de la Unión Europea favorable a los «nuevos vecinos» del este europeo, dos, la situación real política, social y económica de la región mediterránea y, tres, la necesidad de articular y repensar globalmente su política mediterránea de la Unión Europea.

Sobre esta argumentación se concluyó la necesidad de crear una zona euromediterránea de paz, estabilidad y seguridad, concentrando los esfuerzos y evitando disociar esfuerzos políticos. Todo ello, ya reclamado en el año 1995, intensificando el diálogo político y creando el espacio económico euromediterráneo de forma progresiva, flexible y voluntaria (es decir, recurriendo al método funcionalista y comunitario de integración europea que, dos pasos hacia delante y uno hacia atrás, iba sirviendo a la Unión Europea en su inexorable exitosa construcción y convergencia económica, política, social y cultural).

Entonces, se concedió prioridad a la conclusión de nuevos acuerdos entre la Unión Europea y los socios mediterráneos (lo que se está haciendo diez años después y que se sigue reclamando). Asimismo, la construcción de este espacio euromediterráneo, una aspiración más clara para la Unión Europea y menos definida y concreta en los Países del Mediterráneo Sur (PMS), requería de acuerdos entre los países terceros y contar con economías sanas y competitivas (desprotección de las industrias, modernización financiera, mejor gestión empresarial, aumentar la Inversión Extranjera Directa [IED], mejora del sistema educativo y desarrollo de infraestructuras de transporte, energéticas y telecomunicaciones).

El contexto social, económico y demográfico

El conjunto de asuntos que están hoy «sobre la mesa» del espacio euromediterráneo muestra las grandes diferencias que existen no sólo entre los dos principales bloques, el europeo y el africano o de los PMS, sino también las existentes en el interior de los países de la orilla sur considerados en su conjunto. Partiendo de estas diferencias se comprende y se relativizan los escasos y difíciles avances producidos en el marco de la cooperación, fundamentalmente desde la mitad de la década de los noventa del siglo XX, cuando comienza realmente a concretarse la voluntad política de llegar a acuerdos para lograr avances. Veamos algunas de estas diferencias y factores que condicionan el proceso y la evolución del espacio euromediterráneo.

En primer lugar, hablando de economía, hay que destacar que existe una relación importante en términos comerciales, ya que más de la mitad de las exportaciones y de las importaciones de los PMS tienen lugar con la Unión Europea (51% y 54%, respectiva-

mente). Ahora bien, no puede olvidarse que existe una fuerte dependencia europea del aprovisionamiento de petróleo y gas. El gran problema es el bajísimo nivel de intercambio comercial intrasur, es decir entre los propios PMS (6%). Por tanto, en este aspecto, la cooperación debe tomarse en serio un trabajo en pro de incrementar las relaciones comerciales. En los años ochenta, en América Latina, la situación era similar, aunque no llegaron a darse tasas tan bajas de intercambio comercial, y los esfuerzos de integración regional y de creación de espacios institucionalizados para la cooperación política, económica y social comenzaron a dar frutos en la década siguiente.

Las diferencias en términos de *renta per cápita* eran hace una década de 1 a 15 a favor de los países europeos y las previsiones de que llegarán a ser de 1 a 20 al final de la presente década se van confirmando. Desde luego hay que atribuir el estancamiento económico a una debilidad general de las economías de la orilla sur, caracterizadas por una excesiva regulación estatal, la fragmentación de los mercados o un control por parte de elites que dificulta la transparencia y la calidad en la gestión empresarial. Esto comporta que la tasa de crecimiento, que en algunos casos ronda el 3% en los últimos años, sea totalmente insuficiente para lograr y mantener niveles de vida de mayor calidad y para la mayoría de la población.

La IED y la inversión privada han retrocedido. La primera ha caído más del 40% entre los años 1992 y 2000 (representando el 1,7% y el 0,7% respectivamente) y la segunda topa con las dificultades de una banca local poco desarrollada, excesivo peso del sector público, falta de competitividad y eficiencia.

En segundo lugar, las diferencias son mayores si nos atenemos al aspecto demográfico, puesto que los PMS triplican al europeo, que en algunos países incluso es negativo. Además, en los primeros se está produciendo una continua avalancha hacia las ciudades, con las exigencias de servicios públicos correspondientes.

Estas diferencias económicas y demográficas están desembocando en un conjunto de consecuencias sociales que preocupan fundamentalmente a los gobiernos europeos, la Unión Europea y otras instituciones, específicamente considerados como potenciales riesgos a la estabilidad de la región y, por tanto, a la seguridad global y humana. Por un lado, la respuesta del Sur insuficiente para controlar la emigración y preocupa en Europa, donde se percibe como fuente de inestabilidad. Por otro, la masiva emigración a las ciudades genera desempleo, pobreza y desencanto, pudiendo suceder que algunas personas sean presa fácil para las organizaciones de propaganda islámica. Así, estas fuentes de inestabilidad pueden transformarse en amenazas.

El Proceso de Barcelona y la AEM

El modelo del Proceso de Barcelona es un marco entre muchos de los que fomentan la modernización política de los Estados árabes, si bien es cierto que en el año 1995 no existía casi tratamiento coherente ni debate al respecto desde el ámbito institucional de la Unión Europea. En realidad y en el fondo, subyace el modelo básico comunitario de fomento de la democracia y pretende englobar todas las áreas del cambio en un único marco integral: constituyendo una zona de libre comercio euromediterránea y una de paz y seguridad mediante la ayuda financiera regional (Fondos MEDA). Siempre desde la

perspectiva de Europa, una modernización política gradual es la base para crear condiciones que pueden contribuir a reducir problemas de seguridad: migraciones, debilidad económica, garantía de suministro energético o carrera armamentística. Es, desde luego, una dinámica democrática que fluye desde Europa hasta el Mediterráneo.

Esta iniciativa que se puso en marcha en el año 1995 se articuló en tres capítulos o ejes: uno político y de seguridad, dos de asuntos económicos y financieros y otro relativo a cuestiones sociales, culturales y humanas. Sobre el primer capítulo dedicamos un apartado específico en el presente trabajo.

Los aspectos del capítulo segundo tratan sobre los acuerdos euromediterráneos de asociación, dirigidos a establecer una zona de libre comercio en el año 2010. Estos acuerdos son una actualización de los primeros y débiles acuerdos de cooperación establecidos de los años setenta del siglo pasado. La Unión Europea condiciona la ayuda al avance en el diálogo político, respeto a la democracia y derechos humanos y compensa abriendo progresivamente el mercado comunitario al acceso de los productos agrícolas, y giran en torno al Programa MEDA.

En cuanto a la mejora de los mecanismos financieros, destaca el debate referido al Mecanismo Euromediterráneo para las Inversiones y la Asociación (MEMIA), presentado en octubre de 2006, cuya función principal, limitada, es promover el desarrollo del sector privado y apoyar las infraestructuras de los sectores en proceso de liberalización o que tienen una dimensión transregional mediterránea. El MEMIA es la consecuencia de un debate dentro de la Unión Europea sobre la creación de una entidad bancaria nueva destinada a financiar la cooperación e integración en el Mediterráneo o la renovación de los mecanismos existentes. Finalmente, de las opciones que la Comisión puso sobre la mesa, la Unión Europea no optó por la propuesta la preferida por aquélla, crear una filial del Banco Europeo de Inversiones para el Mediterráneo, sino por constituir un nuevo mecanismo mediterráneo de éste menos ambicioso y que no conllevaba tantas obligaciones de aportaciones a la región.

El capítulo tercero ha sido sin duda el más exitoso de todos, y ha lanzado tres grandes programas regionales dedicados a la cooperación en patrimonio (Heritage), en medios de comunicación audiovisuales (radio, televisión y cine) y en el ámbito de la juventud (Youth). En realidad, se han ido produciendo avances relevantes en estos aspectos, destacando la puesta en marcha de la Fundación «Ana Lindh», del programa regional sobre justicia, drogas e integración social en el año 2003, la consolidación de amplias redes sociales, como el Foro Civil Euromediterráneo, intercambios universitarios, el foro sindical o el programa transfronterizo de cooperación intermunicipal.

Este proceso global de AEM emprendido en Barcelona 1995 sigue presentando una serie de deficiencias después de varios años de desarrollo. Desde luego, antes de los atentados del 11 de septiembre de 2001 (11-S), la Unión Europea no presionaba al Sur sobre las reformas democráticas, pese a ser un objetivo del capítulo primero ni planteaba la cláusula democrática. De igual manera, las ayudas tampoco se dirigían uniformemente a los más reformistas ni el diálogo euromediterráneo se centró en las reformas políticas internas, echándose en falta el diálogo sistemático sobre la democracia con la oposición islamista.

Esto pone de manifiesto que la articulación de los tres capítulos de los acuerdos de la AEM se llevó a cabo más por la necesidad de oficializar una estructura que realmente sirviera de apoyo a la apertura del diálogo político euromediterráneo que por tener la convicción de que se estaba ante un sistema eficaz y programado para responder a problemas reales. Al contrario, las prioridades eran otras: el tráfico de drogas, el medio ambiente, el control de la población, la armonización técnica y regulatoria o el diseño de sistemas fiscales. Prueba de ella es que la asignación de los Fondos MEDA hasta el año 1999 ha sido la menor comparada con lo destinada a América Latina, países del este europeo o del África Subsahariana. En la actualidad, hay nuevas partidas MEDA pero no han supuesto aumentos importantes de fondos para la ayuda a la democracia, que realmente viene disminuyendo desde el año 2001.

En realidad, las exigencias de la AEM de avanzar en las reformas democráticas han ido paralelas a partir del inicio de actividades de Estados Unidos para recomponer su presencia en la zona mediterránea, fundamentalmente a través de un replanteamiento global en la misma. Además, la Unión Europea tampoco ha respondido crítica y contundentemente a las claras muestras de autoritarismo de algunos regímenes, como el caso de la Ley de Partidos en Túnez en el año 2004, los problemas de Argelia en 2004 o la represión siria antikirurda del mismo año.

Entre los consensos que ha despertado la AEM destaca el que no se hayan alcanzado los objetivos más elevados de la Declaración de Barcelona, en especial lo referido al diálogo político y a la seguridad, aunque también el hecho de que se han procurado esfuerzos por adaptarse a un estratégico cambiante. Por el lado de las divergencias, persisten las relativas al grado de consolidación, a los elementos que necesitan ser impulsados y a quiénes están siendo realmente los beneficiarios, si los gobiernos del Norte o Sur, si el sector privado o la sociedad civil.

Realmente, hay que tener en cuenta que el contexto no ha sido ni es uniforme, porque las diferencias, como hemos dicho al principio, son marcadas entre las dos orillas, en el interno de cada orilla y han ido variando a lo largo de esta década larga del proceso de asociación. Entre los cambios más importantes, hay que hablar de la agudización de la crisis del desarrollo árabe y del déficit de libertad y buen gobierno. Del lado europeo, se produjeron cambios tan relevantes como en el mundo árabe, como la ampliación de la Unión Europea, el fracaso del Tratado Constitucional o la puesta en marcha de la PEV.

Por ello, la respuesta ofrecida por la AEM a estos cambios ha sido discreta, selectiva y muy controlada, con reformas fragmentarias y débiles. La mayoría de análisis y estudios siguen certificando que cuando realmente se abrió el debate sobre la reforma es a partir del impulso de Estados Unidos, concretamente de la Iniciativa para el Amplio Oriente Medio y Norte África (BMENA) o la Iniciativa de Asociación entre Estados Unidos y el Oriente Medio (MEPI).

En el año 2005, coincidiendo con la primera década de vigencia de la Declaración de Barcelona y del Proceso que arrancó entonces, se celebró una cumbre para impulsar el Proceso a partir de retomar estas deficiencias y déficit. Se estableció un programa de trabajo quinquenal para avanzar la reforma y el diálogo político, abordar las amenazas a la seguridad y estabilidad a nivel regional, respaldar el desarrollo sostenible, acelerar la

transición a la zona de libre comercio, descontaminar el Mediterráneo, intensificar la cooperación cultural y educativa y abordar los flujos migratorios de forma integrada.

La Unión Europea sigue haciendo actos de reafirmación de la necesidad de reforzar el proceso de paz a través de las reformas políticas, económicas y sociales, como en materia de seguridad. La Unión Europea pretende adquirir un papel más activo como actor mundial para lograr la paz y estabilidad, pero todavía se percibe la subordinación del Proceso a la voluntariedad y el predominio del marco declarativo e intencional. En realidad, la acción de la Unión Europea se está dirigiendo más a condicionar la reconstrucción y rehabilitación en perjuicio de la capacidad de prevenir e intervenir.

La PEV

La PEV ha sido instaurada recientemente por la Unión Europea para activar la política global hacia el Mediterráneo, creando «anillos de amistad», de modo similar al proceso abierto hacia el este de la Unión Europea, tratando de que esos «anillos» lo sean también de seguridad y que se establezca en la periferia europea un entorno de paz y prosperidad contagiado progresivamente de los valores y el acervo comunitario en el campo económico, político y social, ofreciendo asimismo oportunidades para la cooperación y la futura asociación.

En lo referido al Mediterráneo, la PEV pretende diferenciar entre Estados mediterráneos más al Sur dispuestos a crear oportunidades de cooperación económica y política, con planes de acción individuales y con vastas listas de prioridades (ha sido criticada la excesiva especificidad y concreción de los planes de acción estatales). La PEV tiene la previsión de duplicar la financiación para el Mediterráneo en el periodo 2007-2013. La Unión Europea, aprendiendo de las deficiencias de las últimas décadas, decidió incluir en la PEV hacia el Sur una estrategia de condicionalidad política positiva.

Aún así, cabe hablar de las limitaciones de esta política global que supone este instrumento de vecindad mediterránea, siendo la principal las inútiles disquisiciones teológicas existentes entre la PEV y el Proceso de Barcelona (que cualquiera entiende como herramientas complementarias y no sustitutivas). En la PEV, la escala de recompensas no actúa como incentivo a los gobiernos árabes y para dificultarlo más, no se fija qué reformas serán las recompensadas y en qué cuantías.

Un problema que plantea esta PEV es que está referida a objetivos compartidos con los gobiernos árabes, lo que desincentiva las reformas al ser «actores y directores de su propia función». Sin embargo, la lógica de «todos menos las instituciones» desaprovecha la participación plena de los gobiernos como un *quid pro quo* para la liberalización política.

Otro problema y queja reiteradamente manifestada por los PMS es la imprecisión sobre la libre circulación de personas, sobre la que se establecen salvaguardas permanentes. Como veremos en el caso del Proceso de Barcelona, en la PEV la ayuda a la democracia y derechos humanos se consolidan en proyectos políticos *soft* (suaves) y las organizaciones no gubernamentales siguen siendo los sectores privilegiados. Por último, el nuevo instrumento europeo de vecindad y asociación amenaza con dejar a la región sin un recurso reservado para la ayuda a la democracia existente.

La PEV, es verdad que con poco tiempo en marcha, apenas ha contribuido a la reducción de las diferencias abismales que hay en los ámbitos de la integración comercial y económica, la movilidad y migración o los conflictos regionales. Pero también hay que mostrar los aspectos positivos que ha comenzado a mover la política de vecindad hacia el Sur, como la asunción común de prioridades a través de los planes de acción estatales o el mejor empleo de los fondos.

Aunque la Unión Europea lanza estos instrumentos pensando más en sus intereses que en los comunes con países terceros, sigue teniendo pleno interés en reforzar la cooperación política, lo que implica una Unión Europea más activa y presente en los mecanismos regionales y multilaterales de resolución de conflictos, observación y mantenimiento de la paz.

La Unión Europea sigue mostrando interés en su presencia en el Mediterráneo por su propia seguridad:

«Estos conflictos pueden poner en peligro la seguridad de la Unión, bien por el riesgo de que se produzca una escalada o un éxodo de refugiados, bien por la interrupción del suministro energético, el comercio y las conexiones de transporte, bien por la propagación del terrorismo y la delincuencia organizada, en particular la trata de seres humanos y el tráfico de armas y estupefacientes.»

Se trata de riesgos y amenazas que contempla la Estrategia Europea de Seguridad de 2003. En concreto, un documento de la Comisión reconoce el escaso avance y papel de la Unión Europea en los Territorios Palestinos y en el problema del Sáhara Occidental y admite la necesidad de una participación más activa y plena, a través de intervenciones concretas en operaciones civiles o militares de observación o mantenimiento de la paz, aunque en realidad, no concreta mucho más, salvo la propuesta de alineación de los socios mediterráneos a las declaraciones de la Política Exterior de Seguridad Común (PESC) o la invitación a reuniones de información y foros internacionales donde participe la Unión Europea. Realmente, estas dos propuestas no han logrado motivar a los países asociados, dado que siguen limitándose a un sujeto, la Unión Europea, y un objeto, los socios mediterráneos, tan criticado por ambas partes incluso.

Al menos, la PEV se propone reservar 1.000 millones de euros para recompensar la labor de los países que progresen en la aplicación de las reformas según su plan de acción y respaldar inversiones. Se echa en falta una autocrítica de la Unión Europea en el sentido de la necesidad de participación de todos los socios mediterráneos en el establecimiento de criterios y asignación de fondos de estas reservas para el periodo 2007-2013.

Balance general

En esta parte del trabajo, traemos las conclusiones y aportaciones extraídas de diferentes análisis y balances realizados desde diversos ámbitos académicos, sociales, institucionales y políticos, en especial realizados con motivo de la celebración de la Cumbre de Barcelona de 2005. En síntesis, se puede decir que hay unanimidad (excepto alguna opinión académica como se verá), sobre la necesidad de «más y mejor Barcelona» para reforzar el partenariado, sobre todo recursos y voluntad política.

La AEM ha sobrevivido a una década de fuertes resistencias a la transición y cambio reformistas y es por ello que no puede desaprovecharse el camino abierto para afrontar los retos de esta convulsa región. El Proceso de Barcelona no se queda en un mero mecanismo político multilateral defensivo sino que aspira a consolidarse como modelo de integración regional ambicioso para afrontar mejor la globalización.

Se ha llegado a medir la marcha del Proceso de Barcelona a partir del Índice Bertelsmann de Transformación (sobre un máximo de 10). La media de avances se ha situado en el 3,6, categoría de «Pocos avances», mientras que el 41,4% de los países se sitúan en el nivel «Sin avances» o «Poco avances»: Argelia, Egipto, Líbano, Siria y el 58,6% presentan «Avances moderados»: Marruecos, Túnez y Jordania, Marruecos acapara casi el 30% de los Fondos MEDA asignados entre los años 1995 y 2003.

La encuesta realizada por el Instituto Europeo Mediterráneo (IEMED) sobre el Proceso de Barcelona ha otorgado una valoración general de aprobado crítico, con un 5,6 sobre 10 (5,64 en la Unión Europea y 5,59 en PMS). Esta encuesta también ha resaltado el escaso grado de visibilidad del proceso en la sociedad (3,6 sobre 10) y el bajo grado de cumplimiento de los objetivos políticos (inferior al cinco en los tres capítulos).

Los grandes obstáculos percibidos desde la sociedad civil se centran en el conflicto de Oriente Medio, la resistencia a las reformas, la falta de implicación de la Unión Europea y la insuficiente participación de la sociedad civil, sobre todo de los grandes ausentes, sindicatos y empresas. Al respecto, recientemente se ha podido conocer la opinión empresarial sobre esta cooperación económica, concretamente de la Unión de Confederaciones Mediterráneas de Empresas y la Unión de Confederaciones Industriales y Empresariales de Europa (Organizaciones que han celebrado la Carta Euromediterránea de la Empresa). Lo más destacable es la demanda de una voluntad política más sólida para el proceso de integración económica euromediterráneo, lento y sin alcance, la necesidad de que los PMS aceleren su reforma económica y las relaciones entre ellos, la de definir nuevos instrumentos más efectivos y flexibilizar los financieros, conceder máxima prioridad a la promoción de las inversiones e implicar al sector privado.

Al margen de la opinión de la sociedad civil, hay que reconocer los avances producidos desde el año 2006, derivados de la intensa actividad institucional del primer año de aplicación del plan de trabajo quinquenal de la Unión Europea, en un entramado vasto y burocratizado como la Unión Europea. Se han producido diversas conferencias ministeriales euromediterráneas sobre comercio, industria, economía, reuniones y foros institucionales con participación de niveles ministeriales e institucionales para tratar sobre economía, energía, racismo, el papel de las mujeres, seminarios sobre medio ambiente, transición económica, la sociedad de la información, se han producido Documentos de interés como la iniciativa de descontaminación del Mediterráneo o la estrategia regional y el programa indicativo.

El Proceso de Barcelona ha galvanizado el debate del cambio político y ha incorporado la democracia como valor compartido. Los diferentes autores consultados destacan que la reacción árabe a la política Estados Unidos después de 11-S es una lección saludable para la Unión Europea, mucho más lenta y ensimismada en su relación con los PMS. El escaso éxito del Proceso de Barcelona se muestra en la dificultad de identificar pruebas

de los avances del capítulo tercero, como tampoco las hay sobre logros hacia una dinámica de fomento de la democracia, mientras que sí se ha visibilizado que algunos esfuerzos han sido contrarios a la liberalización política.

Después de una década del Proceso, continúa habiendo dificultades para equilibrar el apoyo positivo a las medidas favorables a la reforma política con la presión suficiente para que no protejan a los regímenes de cambios profundos. Ni el Proceso de Barcelona ni la PEV han proporcionado incentivos para el cambio en cuestiones concretas que tengan efectos impactantes sobre la vida política de los Estados del sur del Mediterráneo. Y persisten las diferencias en el mundo árabe, fruto de la diferente naturaleza de los conceptos y relaciones de la sociedad civil, de los contextos de seguridad, del papel histórico asignado a Europa en la formación de identidades cognitivas o de la gestión política de los procesos reformistas.

Existe, pues una decepción sobre los resultados aunque se tiene consciencia de tener las bases para corregir las deficiencias, de la necesidad de replantear algunos enfoques sobre cuestiones básicas y de que los cambios políticos del 11-S han alejado a los socios de los principios fundacionales, al enfatizarse la preocupación europea por el enfoque centrado en la seguridad. Es claro que Estados Unidos ha ido aumentando su influencia sobre la AEM, desde el punto de vista de la economía, política y seguridad, en una complejidad creciente del contexto multilateral y dentro de cada Estado.

Así, en el *balance académico* encontramos todo tipo de calificaciones para el Proceso de Barcelona y todo el entramado euromediterráneo que se va construyendo, desde agrídulce a matizado, de decepción, pero también de reconocer que no ha sido error estratégico, de optimista, o de que no despierta entusiasmo mientras que ninguno se plantea abandonarlo.

El *balance ministerial* habla de resultados alejados de las expectativas, más en seguridad, derechos humanos y democratización, habla de seguir para transformar la región en una comunidad de Estados democráticos, como reconoce la lenta y deficiente liberalización comercial, o la persistencia de los diferenciales de riqueza, que se apoya en la falta de afluencia de IED.

Para la *sociedad civil*, el Proceso de Barcelona no ha satisfecho las expectativas de paz y prosperidad, aunque considera injusto ignorar algunos progresos sustanciales. Coincide en que los objetivos parecen hoy más lejanos, en la necesidad de concentrar el partenariado en la gobernanza democrática, crear empleo estable y reforzar la sociedad civil. La sociedad civil, como vimos, concede un aprobado crítico a todo el Proceso

Desde *diferentes ámbitos públicos* se reconoce con amargura el desencanto provocado; que se califica de globalmente positivo pero sin aplicar íntegramente. De ahí las llamadas al relanzamiento y revitalización del Proceso, a avanzar en la cuestión democrática, centrarse en la democracia y derechos humanos, en el desarrollo económico sostenible y reforma y educación. Para los sectores públicos, la prioridad es la paz, la seguridad, estabilidad, buen gobierno, justicia, migraciones e integridad social.

En cuanto a la *promoción democrática*, la Cumbre de Barcelona de 2005 se comprometió a extender el pluralismo político y la participación ciudadana, sobre todo a las muje-

res y jóvenes, con mayor cooperación, dotación y cumpliendo los estándares electorales. Luego, la realidad es que sólo se ha llegado a una propuesta *light* sobre un observatorio electoral tipo OSCE que se quedó en una colaboración voluntaria, con los matices entre los Estados árabes, positivas de Marruecos y Jordania y menos de Egipto y Túnez. Por último, también se acordó en esta Cumbre reservar un papel creciente para los poderes locales y regionales, junto con la descentralización en la gestión y provisión de servicios públicos.

Consideraciones finales y perspectivas

¿Ha servido o no el partenariado y la AEM para impulsar la transformación de los Estados árabes y las reformas políticas y económicas en la región mediterránea? Hemos visto que se está produciendo un estancamiento económico y no se ha producido una fuerza motriz en pro del avance económico, social y político, en algunos países sólo hemos asistido a un relativo rendimiento parcial y escaso de la reforma política. Ahora bien, si nos atenemos al logro o establecimiento de infraestructuras institucionales de asociación global sólidas para el siglo XXI, entonces convendremos en que el éxito puede ser mayor o considerable, puesto que el Proceso de Barcelona ha aportado una mejora sistemática e institucional notable en las relaciones euromediterráneas y es una medida que fomenta la confianza a gran escala.

La PEV, al menos, en su corto periodo de desarrollo está logrando que la política global de la Unión Europea hacia el Mediterráneo pase de una vaga intención a una cooperación en firme, aunque limitada en cuanto a la libre circulación de personas, como reconoce el Documento «Nuevas perspectivas de asociación».

La Unión Europea ha buscado la modernización de la región a través de la economía, pero el Mediterráneo no ha recibido la misma atención que las antiguas dictaduras comunistas del este europeo, seguramente porque por los episodios de guerras y enfrentamientos que se dieron en Europa a principios de la década de los noventa del siglo pasado hicieron saltar todas las alarmas dentro del continente, ante lo que tenía que responder de forma rápida. Es posible también que la Unión Europea esté justificando la falta de una política común de seguridad y defensa y su ausencia como actor global en la zona. Por otro lado, en el Mediterráneo, el progreso hacia la democracia ha sido prácticamente nulo.

Vemos que las críticas que ha recibido esta década de partenariado se acaban centran-do sobre todo en lo económico y en lo político, por una orientación económica neoliberal, además de la insuficiente dotación, y por la actitud complaciente con los desmanes de los regímenes autoritarios, lo que viene a reforzar que se asiste a un proceso controlado desde las instituciones europeas.

No es de extrañar, pues, que las propuestas emanadas de la sociedad civil y del Euro-Mesco se centren también en los mismos aspectos, concretamente en fomentar activamente la reforma política y la democracia (clave para el 82% de los encuestados), establecer parámetros de seguimiento de logros –sistema euromediterráneo de monitoreo– (58%) y mecanismos de suficiencia financiera para la cohesión social (56%), integrar los objetivos de la PESC con la AEM, graduando la libre circulación de personas y avanzar

hacia un enfoque local-regional que combine una estructura institucional regional abierta con capacidades locales (33%).

Respecto de las políticas de migraciones, la sociedad civil viene a proponer que se ofrezcan incentivos más atractivos y que no se oriente tanto hacia la seguridad, instaurando un sistema de visados más flexible.

En el tercer pilar del Proceso de Barcelona es donde se han conseguido mejores logros, si bien modestos, con un aumento de actividades, por lo que se apuesta por incluir los programas culturales en las políticas europeas de promoción de la democracia.

A pesar de todas las deficiencias constatadas, los retrocesos económicos y el estancamiento de la reforma política y de la seguridad, la AEM sigue siendo el único foro regional euromediterráneo donde es posible el diálogo político de seguridad y el único en el que se habla de la integración regional como factor de estabilidad y crecimiento. La Unión Europea manifiesta así su apuesta y defensa por la aplicación al escenario y entorno político más próximo del modelo sobre el que se sustenta la actual Unión Europea y su historia y acervo desde hace medio siglo.

Respecto de la PEV, la propia Comisión Europea reconoce sus límites al concluir:

«En los dos años transcurridos desde el inicio de la PEV, los progresos realizados en el marco de esta política han confirmado su amplio potencial a largo plazo.»

Esto indica que las expectativas se mantienen abiertas pero que no ha habido resultados concretos de alcance, como se reconoce en un atisbo de autocrítica al sostener la necesidad de «presentar una oferta más interesante».

En resumen, se han identificado retos inmediatos a corto plazo, sea la necesidad de abordar conjuntamente la globalización y competencia económica, el repliegue identitario del Sur por la presión del modelo occidental o el contrarepliegue europeo derivado de la creciente diversidad en su interior. Y, en el largo plazo, emergen otros retos a los que se deberá dar respuesta en las siguientes dos décadas, como es la identificación del Mediterráneo con la gestión de la diversidad de un modo pluralista, como son los cambios sociales por una mayor convergencia por los cambios demográficos y migraciones o la creación real de una zona privilegiada de desarrollo, que sólo será efectiva a partir de la libre circulación de trabajadores, empresas y productos.

La construcción del espacio euromediterráneo de seguridad

Factores que dificultan la seguridad mediterránea

Hemos expuesto cómo la construcción del espacio euromediterráneo de cooperación, y el de seguridad, es una dinámica fundamentalmente europea que fluye hacia el Sur y que se va fraguando con bastantes reticencias por parte de éstos y con estancamientos derivados del difícil contexto económico y social mediterráneo, de la falta de voluntad política, de las resistencias al cambio y de la falta de una estrategia común, del Norte y el Sur, por hacer valer el compromiso y las consecuencias de un avance real hacia la democratización, el respeto a los derechos humanos y hacia un espacio de paz y estabilidad regional.

Las intenciones del proceso euromediterráneo de la Unión Europea es implicarse en crear una asociación global y estratégica con los países de la ribera sur mediterránea destinando fundamentalmente medios financieros, considerados insuficientes. Estamos ante una región donde viven más de 600 millones de habitantes, por donde circula un tercio del tráfico mundial del petróleo, con una distribución muy desigual de los recursos e importantes desequilibrios demográficos y económicos. Una región con un bloque político, Europa, integrado y con un grupo de países, los del Sur, con grandes dificultades para la unidad, el consenso y el acuerdo, con predominio de la fragmentación en casi todos los ámbitos. En este contexto es en el que florece el terrorismo, fundamentalmente de base integrista islámica yihadista, y en el que perviven algunos conflictos viejos, sobre todo el palestino-israelí y el del Sáhara Occidental, dos grandes condicionantes de la estabilidad regional, específica y determinadamente el primero.

Además de éstos, en las dos últimas décadas se han desarrollado en el Mediterráneo otros importantes conflictos que mueven a que la Unión Europea, Estados Unidos y los PMS presten máxima atención a su evolución y avancen hacia su resolución definitiva. Estos conflictos permanecen activos o latentes, en los Balcanes, el que afecta a los kurdos, en Líbano o Chipre o el integrismo islámico.

Junto a este «anillo de seguridad», la Unión Europea mantiene su preocupación por la evolución o florecimiento de los conflictos regionales derivados de la desintegración soviética y del reordenamiento internacional, que si bien no afectan de manera directa a la seguridad sí pueden condicionar la estabilidad mediterránea.

Pero hay dos conflictos que tienen lugar en las proximidades del Mediterráneo y que sí están teniendo consecuencias directas sobre la seguridad regional y mundial: la guerra de Irak de 2003 y sus consecuencias y la situación de Afganistán.

Se dan, pues, un conjunto de circunstancias potencialmente causantes de desestabilización en la región mediterránea y en sus fronteras derivadas de la existencia de conflictos históricos y de factores internos en la orilla sur, de diferente tipo: fronterizos, étnicos, de falta de democracia, de contaminación, de tráfico ilegal y mafias internacionales, de migración, corrupción, violación de los derechos humanos, de control de los recursos energéticos, de utilización del islam y de proliferación de armas nucleares y Armas de Destrucción Masiva (ADM).

Los preocupación por la situación de la región no se limita a la Unión Europea y a Estados Unidos, ya que la presencia de varias organizaciones internacionales es un elemento importante a tener en cuenta, especialmente por la complejidad de las relaciones regionales, y no tanto por su presencia sino por la ausencia de alguna de ellas en según qué foro. Entre todas, destaca la OTAN, junto a la OSCE, la Liga de Estados Árabes, la Unión del Magreb Árabe (UMA), la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) o la Conferencia Islámica. En un momento dado, se pensó que articulando una organización del tipo OSCE para la región mediterránea, podría lograrse un impulso a la democratización, estabilización política y desarrollo de los derechos humanos, y se consideró que la Conferencia para la Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo (CSCM) era el foro oportuno para desactivar los conflictos mediterráneos.

Es importante señalar que la construcción de este espacio de seguridad transmediterráneo no está prestando atención suficiente a la participación de estas organizaciones internacionales, pero sobre todo, a las que vertebran los intereses de los Estados árabes, como la UMA. Se podría pensar que un papel activo de esta Organización u otra aportaría ventajas para reducir la tensión y los problemas. Pero ¿está la UMA en condiciones de ser un actor que impulse la democratización y estabilidad de la región y pueda condicionar positivamente a sus miembros en esa dirección? Si hemos de responder basándonos en cómo aborda algunos problemas que le afecta directamente, la respuesta es no.

La situación del Magreb sigue siendo difícil: las fronteras permanecen cerradas entre Marruecos y Argelia, con muestras evidentes de falta de voluntad política para superar este contencioso, más allá de algún esporádico gesto gubernamental por ambas partes. En este sentido, el margen para la esperanza es muy escaso por lo observado en los dos o tres últimos años y porque en torno a estos dos países están pivotando otros intereses que los convierten en ejes de posicionamientos árabes. Uno de ellos, y otro problema que mantiene estancada la situación en el Magreb es el contencioso enquistado del Sáhara Occidental. Argelia sigue haciéndose valedora de la postura saharauí y el reconocimiento expreso de la República Sudafricana y de otros países de Iberoamérica mantiene estancado este conflicto. En el momento de redacción del presente trabajo comienzan los primeros contactos directos entre el Polisario y Marruecos para volver a tratar sobre la resolución del conflicto, después de varios años de fracaso y ausencia de contactos directos, bajo el auspicio de la ONU (el 18 de junio de 2007).

Hay que añadir a estos dos problemas el golpe de Estado en Mauritania en 2005 y los problemas de garantías de seguridad generados, así como el contencioso entre Libia y Mauritania, que reconoció a Israel y acusa a Libia de albergar e instigar movimientos islamistas desestabilizadores (Jinetes del Cambio).

Un hecho que resulta preocupante y no menor es que a pesar de las fuentes de ingresos derivados del petróleo, paradójicamente estos países no están aprovechándolas para mejorar su rendimiento económico y, paradójicamente, se está produciendo un aumento del gasto público y del de defensa en particular.

Por todo ello, la crisis de la UMA es permanente y hace que sea, sin duda, la organización regional más estancada y que el proceso de integración regional también esté más paralizado que nunca, a pesar de lo cual los Estados mantienen sus compromisos de reformas y de aproximación a la Unión Europea y Estados Unidos. La modernización del Magreb sigue siendo el desafío más importante, aunque cada reforma tiene sus límites en los deseos gubernamentales de consolidar su poder y garantizar sucesiones controladas. En estos momentos no se puede ser optimista, puesto que sobre esta paralización seguirán presionando fenómenos generadores de inestabilidad nacional como el terrorismo, el radicalismo religioso o la asunción casi obligada de nuevas responsabilidades para hacer frente a los flujos migratorios, careciendo de los recursos e instrumentos necesarios.

Por la utilización concreta de estos tres instrumentos coercitivos, la evolución de los acontecimientos en el sur de la región mediterránea durante los dos últimos años pone

de manifiesto las dificultades existentes para avanzar en cualquiera de los ámbitos referidos a la seguridad y defensa. En este tiempo, se han reforzado las resistencias al cambio no sólo por lo expresado, sino porque sigue aumentando la diferencia entre avances de las reformas democráticas y el respeto a los derechos humanos, con lo que persistirán los intentos de sustituir la legitimidad interior por una exterior buscando el apoyo de las potencias occidentales que no les importe la colaboración de regímenes moderados enemigos de fanatismos y contra el terrorismo.

Además, hay que tener presente las diferencias en la estrategia hacia el norte de África, ya que Estados Unidos no cuenta en su agenda con el apoyo a la integración regional y seguirá apoyando a Marruecos, premiando sus tímidos esfuerzos democratizadores. No obstante, como veremos posteriormente, las iniciativas del Grupo 5+5 y un mayor dinamismo pueden suponer un estímulo para la UMA.

En el trasfondo de la situación general de estancamiento se encuentra el reparo al diálogo y en los recelos surgidos en el transcurso de la última década relacionados con la puesta en marcha del área de paz y prosperidad euromediterránea. En primer lugar, como venimos reiterando, porque los procesos de diálogo vienen impuestos por el Norte, las relaciones bilaterales son más cómodas aunque resulten inquietantes y se ha asentado la percepción de que «el Sur da problemas y el Norte da soluciones».

Es importante detenernos en exponer brevemente parte de esta visión árabe, siquiera institucional (Aviv Ben Yahia, ministro de Exteriores tunecino). Se coloca el énfasis en dos aspectos necesarios para lograr los objetivos establecidos en Barcelona, como la interdependencia y la asociación política entre los países árabes. Estos logros aparecen bloqueados, una vez más, por la situación en Oriente Medio cuya solución debe superar la visión del «Cuarteto» y «hoja de ruta», limitados al diálogo sobre terrorismo y migraciones y a los asuntos de Justicia e Interior. Son orientaciones, además, sesgadas por la perspectiva europea y que persiguen afianzar fundamentalmente los objetivos de la Unión.

Un aspecto que condiciona el escenario de seguridad en el Mediterráneo es la identidad o las cuestiones identitarias, ya referidas en alguna ocasión. Se puede englobar en este marco identitario aspectos diferentes que guardan relación con la seguridad, como el refuerzo de las medidas de control a través de la militarización de las fronteras y las restricciones de la inmigración, la percepción de la globalización como una forma de agresión y todo un contexto vinculado a la nueva identidad del «extranjero», basada en la mezcla de extranjero, orden público y seguridad nacional, que limita el intercambio humano. Así, los países del Sur basan la seguridad en un conjunto de desafíos vinculados al desarrollo, económico, social y cultural. Esta concepción algo diferente sobre la seguridad hay que buscarla seguramente más en la prioridad y contenidos del proceso que en diferencias sobre el proceso, pero sigue retrasando acuerdos y avances mayores.

No todo es parálisis. Pese a la existencia de prejuicios y desconfianzas, las expectativas de nuevas oportunidades para persistir en la integración y cooperación siguen elevadas. Es de destacar entre las iniciativas más recientes, la emanada de la V Conferencia Euro-mediterránea de Valencia en 2002, por la que se elaboró el primer documento en cuanto a la Política Europea de Seguridad y Defensa (PESD) y Mediterráneo denominada «Diálogo y cooperación en la seguridad europea y política de defensa».

Por otro lado, desde la Unión Europea se ha destacado un conjunto de directrices que forman un decálogo para activar el segundo año del plan quinquenal de trabajo, 2007, en el que el impulso del diálogo político y de seguridad cobra una relevancia especial. El primer aspecto es una reafirmación de actuar sobre los principales riesgos y amenazas variables que venimos señalando (el terrorismo, la proliferación de ADM, los conflictos regionales, la delincuencia organizada, tráfico ilícito y propagación de armas pequeñas). Y a partir de aquí, se concede prioridad a otros nueve temas: la aplicación del código de conducta para la lucha contra el terrorismo; la zona euromediterránea para el libre comercio y la inversión; la energía y el transporte; el medio ambiente; la educación y el desarrollo social; la consolidación del papel de las mujeres en la sociedad; la sociedad de la información y el diálogo cultural y la migración.

Aunque sólo dos de estas diez directrices guarden relación directa con un tratamiento clásico de la seguridad, puede observarse que la Unión Europea se mantiene dentro de sus claves, de lo contemplado en la Estrategia Europea de Seguridad de la Unión Europea de 2003 y del concepto de seguridad ahí plasmado, un concepto ampliado y extendido sobre otros problemas que si bien directamente no suponen un riesgo para la seguridad regional sus repercusiones sí pueden entrañar desequilibrios que pueden derivar en amenazas, como la cuestión medioambiental, el subdesarrollo o la falta de empleo.

Esta profundización del diálogo euromediterráneo, según lo expuesto, equivale a un replanteamiento político de muchos aspectos, que la sociedad civil también comparte, según la encuesta del IEMED. En concreto, requiere la implicación de todas las fuerzas y movimientos sociales, incluyendo los islamistas (una opinión que secunda el 52,6% de los encuestados), mientras que la creación de una comunidad de Estados democráticos es vista como necesaria por el 34%.

En ese camino, las discrepancias en materia de terrorismo entre Estados Unidos y la Unión Europea no tienen porque significar un alejamiento europeo de los objetivos reformistas, que se verán reforzados por una orientación de las políticas hacia la ciudadanía y las sociedades civiles. Por último, se estima conveniente introducir mecanismos específicos en el ámbito de la seguridad y defensa mediterráneas y medidas a través de la PESD para reducir las deficiencias en defensa de los países del Sur. Es lo que se pretende desde las diferentes iniciativas europeas y desde la propuesta del Diálogo Mediterráneo de la OTAN.

La Unión Europea

La política global de la Unión Europea respecto al Mediterráneo ya contaba con una pequeña historia con anterioridad a la Conferencia de Barcelona de 1995, aunque con escasos e irrelevantes logros, como se observa en un breve repaso histórico de los pasos y acuerdos más significativos. Y en las últimas décadas se han ido poniendo en marcha diversas iniciativas que tenían como fin abrir el diálogo euromediterráneo y consolidar una zona de encuentro, intercambio, cooperación e integración en diversos ámbitos, destacando el Forum Mediterráneo, el diálogo euro-árabe, la CSCM, el diálogo y la cooperación en el Mediterráneo Occidental, la Conferencia Interparlamentaria de Mála-

ga, la política mediterránea de la Unión Europea, el Diálogo Mediterráneo de la Unión Europea Occidental (UEO) y el Diálogo Mediterráneo de la OTAN.

En el año 1972, en la Cumbre de París, la política global mediterránea no pasó del establecimiento de simples acuerdos bilaterales e individuales. Hubo que esperar 14 años, a 1986, en que dos hechos suponen un avance moderado en el planteamiento de las políticas dirigidas hacia el sur mediterráneo. En ese momento coincide la incorporación oficial de Portugal y España a la Unión con la aprobación del Acta Única Europea, que pretendía impulsar la acción de la Unión Europea fundamentalmente introduciendo la dimensión de la seguridad en sus normas, en lo que supuso la primera piedra normativa para el desarrollo de la PESC.

Con España y Portugal se instaura la política mediterránea renovada, aunque se quedó en un programa socioeconómico sin grandes resultados, como el fracaso de la CSCM en el año 1991, o el relativo del Grupo 5+5: Francia, España, Portugal, Italia, Grecia más la UMA y Malta.

En aquellos momentos, con la atención internacional fijada en la evolución de la desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y en las repercusiones sobre todos los conflictos y situaciones vinculadas a la guerra fría, a pesar de que el entorno era más favorable para buscar soluciones a los problemas de los MPS. La Unión Europea siguió mirando fundamentalmente a sus fronteras y vecinos del este europeo.

En el año 1992, el Consejo de Lisboa impulsó una política global de acuerdos bilaterales enmarcados en acciones multilaterales y en el mismo año se decide poner en marcha las fuerzas de acción rápidas, Eurofor y Euromarfor, destinadas a participar en las entonces llamadas misiones *tipo Petersberg* de la Unión Europea, es decir, las de mantenimiento de la paz y gestión de crisis, que en realidad pretendían ir creando mecanismos de respuesta rápida propios de la Unión Europea en materia de seguridad exterior y responder a las crisis del este europeo en un entorno de críticas a la Unión por su incapacidad para actuar en política exterior y reaccionar frente a las amenazas en sus propias fronteras.

Sin embargo, cuando en el año 1994 comienza a estudiarse la creación de la fuerza naval europea, Fuerza Marítima Europea (Euromarfor) y la Terrestre (Eurofor), los PMS lo interpretan como una acción y amenaza contra ellos, levantando recelos sobre estas iniciativas comunitarias.

En el año 1995, el Proceso de Barcelona salido de la conferencia abrió las puertas de la Unión Europea al desarrollo de la asociación euromediterránea, con los tres pilares ya expuestos.

Los resultados modestos ya vistos de la década de la AEM son el fruto de recortes en la agenda del diálogo producidos en diferentes momentos, como en la II Conferencia de Malta de 1997, donde lo único destacable fue la adopción del compromiso de elaborar una Carta Euromediterránea para la Paz y la Estabilidad; en la III Conferencia de Stuttgart de 1999, que aprobó las directrices de la Carta, entre las que se incluyó un concepto de seguridad global en el Mediterráneo basado en el diálogo o la IV Conferencia de Marse-

lla de 2000, que tampoco aportó novedades y sólo recogió la necesidad de profundizar en aspectos como el terrorismo y los movimientos migratorios.

Se han dedicado muchos esfuerzos sin éxito a debatir, redactar y elaborar la Carta Euro-mediterránea que, aunque perfilada, sigue sin adoptarse y ponerse en marcha, entre otras razones, por la situación de Oriente Medio, una cierta crisis de identidad e institucional por la ampliación comunitaria y la falta de proyecto integrador del sur mediterráneo, cuestiones que empañan y bloquean el capítulo primero del Proceso de Barcelona dedicado a la seguridad y los aspectos políticos. La Carta es un texto moral y políticamente vinculante que enfatiza la seguridad regional, fija como objetivo la promoción de los derechos humanos, crea un marco de cooperación para luchar contra el crimen organizado, el terrorismo y la proliferación de ADM y pretende fijar mecanismos de prevención de conflictos y gestión de crisis (con un claro sesgo a favor de los objetivos europeos establecidos en su Estrategia Europea de Seguridad de 2003).

Estos imperativos de seguridad que bloquean avances en seguridad y defensa han sufrido cambios derivados de la urgencia de combatir el terrorismo a partir de los atentados del 11-S, sobre todo porque para hacer compatible la agenda de reformas y las nuevas políticas incorporando cláusulas de cooperación antiterrorista en los nuevos acuerdos. Además, otro imperativo condiciona los logros, como el económico, ya que muchos de los recursos nuevos se destinan al control de la emigración y no a fomentar la reforma política. Además, en los casos de Siria y Libia, la presión sobre la proliferación de ADM prevalece sobre intentos de reforma (la renuncia de Libia a las ADM ha producido un cercamiento e incorporación al Proceso de Barcelona).

Junto a estos cambios, también desde el año 2001 se plantea acercar la PESD a los socios no europeos. Al dotarse la Unión Europea de la PESD, los países del Sur ya no perciben a la Unión Europea y sus fuerzas de reacción rápida como amenazas. Un Informe de EuroMesco propuso reforzar la cooperación militar (por ejemplo, Marruecos ya lo hace), en un claro intento de reforzar la dimensión de la seguridad en el partenariado, aunque ello suponga posponer la Carta Euromediterránea de Paz y Estabilidad. Destacan, por último, desde el año 2005, los Programas Euromed Justice y Euromed Police.

Estos tímidos avances no son suficientes y mantienen la seguridad euromediterránea en una situación de precariedad, cuando además el concepto de seguridad está en un proceso de reformulación. Empieza a hablarse de «seguridad humana», cuyo contenido va mucho más allá de la seguridad convencional, conteniendo aspectos como las catástrofes ambientales o las garantías que deben ofrecer la Justicia y las Fuerzas Armadas.

La situación es muy mejorable. El programa de trabajo quinquenal de la Unión Europea aludido varias veces es un avance modesto que sigue dejando la cuestión de la seguridad y defensa en manos de la «voluntariedad» de los Estados para afrontar la colaboración en la prevención de conflictos, los mecanismos de gestión de crisis, la protección civil o los desastres naturales.

En resumen, se necesita racionalizar la coexistencia de las iniciativas europeas existentes; la Carta Euromediterránea es sólo un borrador; el proceso de ratificación de acuerdos es muy lento; no parece haber voluntad política para abordar realmente las cuestiones de seguridad y la falta de desarrollo de la política común de seguridad y defensa

impedía entonces, y ahora también, ofrecer un diálogo coherente y coordinado entre la Unión Europea y los PMS.

El Diálogo Mediterráneo de la OTAN

El Diálogo Mediterráneo de la OTAN es una iniciativa integrante del proceso de transformación y adaptación de la OTAN al nuevo entorno de seguridad posterior a la guerra fría (así lo recoge el Concepto Estratégico de la Alianza de 1999). En realidad debe ser algo más y no se puede limitar la conexión de la OTAN con el Mediterráneo al Diálogo Mediterráneo, puesto que son necesarios enfoques menos restrictivos dados los problemas de Oriente Medio, que derivan en el resentimiento de amplias masas a la política estadounidense y que pueden comportar simpatías y vinculaciones radicales o ideologizadas próximas a organizaciones islamistas con objetivos sociales y políticas más o menos encubiertos o declarados.

El Diálogo Mediterráneo no pretende competir ni sustituir otras iniciativas multilaterales. Estas iniciativas deben profundizar más en cambiar percepciones, puesto que la seguridad es cuestión de cómo se perciben los Estados, organizaciones y regiones. El Diálogo Mediterráneo tiene muy presente las diferencias existentes entre intereses, percepciones y necesidades de los socios mediterráneos, lo que retrasa los avances. A falta de una especie de «Asociación para la Paz» mediterránea al estilo de la estructurada por la Alianza con los países del antiguo Pacto de Varsovia, la cooperación práctica es la única vía emprendida para fortalecer la confianza y conocimiento mutuos, mediante el Programa de Trabajo Anual

Durante la guerra fría, el Mediterráneo sólo era considerado en función de la confrontación Este-Oeste y en esta relación era el flanco sur de la OTAN. Pero la desaparición de la URSS cambió el entorno de seguridad y en el año 1991, la OTAN sustituye el despliegue masivo y la disuasión por el diálogo y la cooperación. Posteriormente, como hemos señalado, el Concepto Estratégico hizo hincapié en el valor estratégico del Mediterráneo y, después, surgió el concepto de «Mediterráneo ampliado» en contraposición al de *próximo Mediterráneo*, frontera directa con la cuenca. La evaluación del contexto global en la zona mediterránea y su futuro no puede dejar de lado el «Mediterráneo ampliado», porque es el escenario en el que tiene lugar la reconstrucción de la situación de Irak, se suceden las intenciones iraníes que preocupan a la Unión Europea y Estados Unidos, la proliferación de ADM o el flujo irregular de inmigrantes.

La OTAN, pues, comenzó a prestar más atención a la región para reforzar la estabilidad regional, iniciando un diálogo con los países mediterráneos no pertenecientes a la Alianza. En realidad, se trata de un proceso que guarda muchas similitudes con el de «vecindad» emprendido por la Unión Europea. La Unión Europea pretende aplicar el modelo medianamente exitoso promovido para los países vecinos de la Europa del Este y la OTAN pretende aplicar su política también de logros desarrollada con la Asociación para la Paz hacia los países del este europeos no miembros de la OTAN.

El Diálogo Mediterráneo se inicia en 1994, en la Cumbre de Bruselas, en la que la Alianza decidió abrir contactos bilaterales mediante el diálogo con seis países: Egipto, Israel, Marruecos, Mauritania, Túnez y Jordania. En el año 2000 fue invitado Argelia. En reali-

dad, nace como una herramienta para tratar un problema potencial y con el objetivo de reducir la noción de amenaza que los países del Mediterráneo Norte tienen de los PMS. Es una herramienta para tratar un problema potencial.

Las razones de la OTAN y de sus socios mediterráneos del Sur para instaurar el diálogo no son muy distintas de las establecidas por la Unión Europea para lograr hacer del Mediterráneo una zona de paz, prosperidad y estabilidad. Se pueden resumir en las asimetrías de seguridad y en los factores de inestabilidad inexistentes. Entre las primeras, destacan los recursos energéticos, las relaciones Norte-Sur, las migraciones, el terrorismo, el conflicto árabe-israelí, el conflicto interno de Argelia, los latentes y potenciales del Cáucaso y Asia Central. Entre los segundos, acciones gubernamentales inadecuadas, gobiernos débiles, falta de democracia, fragmentación política y social, subdesarrollo económico o alto índice de desempleo.

El Diálogo Mediterráneo se organiza en cuatro programas de trabajo, siendo central el de seguridad y defensa, más inteligencia o protección civil. El diálogo político se desarrolla regularmente en discusiones bilaterales. Existe un Grupo de Cooperación Mediterránea, creado en la Cumbre de Madrid en 1997, que asume la responsabilidad global del Diálogo. Este Diálogo se rige por los principios de propiedad conjunta, avance y mejora del diálogo, ausencia de discriminación y autodiferenciación y complementariedad.

En el año 1998 nace el programa militar del Diálogo Mediterráneo, donde se plasma la cooperación militar, que desarrollada por el Comité Militar y se establece un programa de trabajo para la cooperación, cuyos contenidos básicos son el intercambio de información, la colaboración de emergencia, la investigación en defensa y la dimensión militar que incluye la participación en cursos y operaciones reales de la OTAN por parte de los socios mediterráneos del Sur.

El Diálogo Mediterráneo va tomando forma a partir de siete áreas prioritarias, a saber: explicar la transformación OTAN y sus esfuerzos de cooperación, alcanzar la interoperatividad mediante maniobras militares, promover el control democrático de las Fuerzas Armadas, el combate al terrorismo compartiendo inteligencia y cooperación marítima, contribuir al trabajo de la OTAN sobre ADM, la cooperación en la seguridad transfronteriza e intensificar la cooperación en el ámbito de la protección civil.

Después del 11-S, la OTAN realza la importancia del Diálogo Mediterráneo, puesto que el poder bélico concentrado en el «Mediterráneo ampliado», en Irak y Afganistán, supuso un gran interés de los socios mediterráneos por intensificar la cooperación con la Alianza: estructuras militares, formación y doctrina, sanidad militar, proliferación de ADM, planificación de la protección civil. Toda iniciativa sobre el Diálogo Mediterráneo de la OTAN se dirige desde el Grupo de Manejo de Conflictos. Esta especie de Asociación para la Paz mediterránea tiene cuatro propósitos básicos: desarrollar la entente política, avanzar en la interoperatividad, apoyar el desarrollo del sector de defensa y contribuir a la lucha contra el terrorismo.

Existen obstáculos para que este Diálogo se desarrolle en función de los objetivos anunciados con eficacia, sobre todo por las diferentes expectativas de los actores del Norte y del Sur, por la desconfianza de los países del Sur y por la evolución del proceso de paz de Oriente Medio. Por ello, el Documento «El futuro de la iniciativa mediterránea de la

OTAN: evolución próximos pasos» realiza cinco recomendaciones para superar estos obstáculos, comenzando por la necesidad de reforzar la dimensión no gubernamental, incluir la proliferación de ADM y el terrorismo en el Diálogo Mediterráneo, aplicar acciones prácticas similares a las de la Asociación para la Paz de Europa del Este, incrementar la dotación económica y llevar a cabo la expansión de la OTAN hacia el Sur.

El terrorismo

Una de las amenazas a la seguridad más importante en la región mediterránea y, sin duda, el que ha tenido un efecto dinamizador en el diálogo entre Estados, actores y organizaciones internacionales ha sido el del terrorismo, puesto que además, la región ha sido y es objeto de atentados perpetrados por el islamismo radical, también en 1995, antes de crearse la AEM, por los Grupos Islámicos Armados (GIA) en 1998, en Nairobi y Dar es Salam o en 2003 en Casablanca, por el movimiento *Assirat al Moustakim*.

Esta amenaza terrorista procede de los grupos y células de Al Qaeda y organizaciones vinculadas con redes norteafricanas multiétnicas y multinacionales de individuos radicalizados en el Magreb –Grupo Islámico Combatiente Marroquí (GIMC), GIA, Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC), Grupo Islámico Combatiente Libio (GICL) y Grupo Combatiente Tunecino (GCT). Este terrorismo afecta también a los PMS (Fernando Reinares).

Entre las dificultades que presenta la cooperación en la lucha antiterrorista hay que resaltar la diferencia de respuestas que los PMS puedan dar a los distintos acuerdos o iniciativas, con lo que la colaboración bilateral está sometida a variaciones en su alcance e intensidad (la represión de Túnez y Libia parecen haber contenido el radicalismo islamista mientras Argelia o Egipto tienen más dificultades). Otra dificultad que reaparece continuamente es la interpretación europea de las precondiciones que favorecen el terrorismo internacional y que no comparten necesariamente las elites y poblaciones del Sur, lo que conlleva un énfasis europeo excesivo en los asuntos de seguridad, mientras que por los países del Sur se asocia más el terrorismo a disparidades de los estándares de vida y conflictos regionales no resueltos.

En la Cumbre de Barcelona de 2005, se aprobó un código por el que los socios se comprometen a concluir la Convención General sobre Terrorismo Internacional en la sexagésima sesión de la Asamblea General de la ONU. Este código condena sin paliativos todas formas y manifestaciones de terrorismo y declara la voluntad para erradicarlo, concretando en que no se ofrezca asilo a terroristas, aunque se deja bastante margen a la voluntad política de cada Estado de aplicar estos acuerdos mínimos al no imponer obligaciones específicas. El código es un acuerdo único e incide en que el terrorismo es injustificable y no debe ser vinculado a ninguna causa política, estatal o religiosa. Es verdad que este código tampoco acaba con la eterna incapacidad de contar con una definición común de terrorismo.

Conclusiones

Para consolidar de forma eficaz la cooperación política, económica y de seguridad, desde los Estados, instituciones civiles y militares se reclama la *atención sobre aquellos*

aspectos que pueden corregir los desequilibrios de la seguridad, como la lucha contra el terrorismo, la pobreza, la degradación ambiental, la transnacionalización de la criminalidad y el tráfico ilegal de personas y armas, contra la xenofobia y el racismo, además de reforzar el buen gobierno y las relaciones de vecindad. Esto necesita mecanismos apropiados: de seguimiento y prevención de crisis de aspectos sociales, económicos, y humanitarios y otro de solidaridad como parte integrante del concepto de la seguridad cooperativa. Hay quien ha pedido un centro de prevención de conflictos en el Mediterráneo, además de poner en marcha la tan discutida y esperada Carta Euromediterránea de la Paz y Estabilidad, evitando una seguridad a «dos velocidades».

Otro aspecto *determinante para la seguridad de la región es la cuestión de la identidad*, de las percepciones y miradas «desde el Sur». Existe una mirada desde el Sur diferente a la del Norte, atribuyendo al Norte una superior consideración de su papel histórico y presente, incluso afirmando que desde el Norte pervive una mirada hacia el Sur como la del cristiano al musulmán, la del laico al no laico, del europeo al que no lo es, del rico al pobre o del poderoso al débil. Con el énfasis que se acepte, lo cierto es que estas fracturas no han sido provocadas sólo por el islam sino por acciones occidentales y europeas de preservación de sus intereses. La Liga Árabe y la UMA se sienten injustamente tratados como organizaciones.

También se ha dicho que para Europa el Sur es más un problema que un vínculo y la mayoría de iniciativas persiguen reducir los peligros más que edificar un auténtico espacio de diálogo, comunicación, asociación y convivencia, y que la superioridad militar y el incremento de la cooperación bilateral son percibidas en el Sur como una amenaza a su seguridad, matizadas o reducidas después del 11-S, a lo que se añade la preocupación sobre el concepto europeo y consecuencias del «derecho o deber de injerencia humanitaria». Con todo, algunos países del Magreb: Argelia, Marruecos y Túnez participan constructivamente pero demandan un concepto específicamente mediterráneo y mayor transparencia de la estrategia de la Unión Europea hacia el Mediterráneo. Lo cierto es que la Unión Europea y la OTAN deben apoyar que se instaure el *diálogo entre los países del Sur*, y puede alentarse en principio sobre un aspecto que conviene a todos en la actualidad, para que desde Europa no se malinterprete ni se perciba que se malinterpreta el significado del islamismo o que se les impone un modelo de seguridad y el neoliberalismo.

En cierta forma relacionada con la identidad y la competencia, queda constatado que la PEV de la Unión Europea y *el papel de los países del este europeo* han acabado por constituirse en serios rivales para los PMS, una razón de peso para que la estabilidad y cooperación euromediterráneas tengan en cuenta que una política de seguridad no puede basarse en un desplazamiento del muro de Berlín hacia el Sur para levantar allí uno nuevo. Por último, y sobre identidades diferenciadas, el conjunto de la orilla sur mediterránea no puede ser visto bajo el mismo prisma porque también encierra acusadas diferencias, algo que está en la base de los fracasos reiterados de Estados Unidos en la región.

Sobre la AEM, quedó patente que es paternalista, contradictoria y ofrece poca esperanza para resolver los problemas sociales, económicos y políticos de la región, porque además parece privilegiar la estabilidad sobre la prosperidad y lo político sobre lo económi-

co. En este sentido, *la AEM suscita temores por la evidencia de que no hay avances en la distribución de la riqueza y de que la prohibición a la emigración frustra e incita un posible apoyo a la alternativa del terrorismo yihadista. Una agudización de este fracaso de la AEM puede profundizar las diferencias culturales y ampliar la exclusión social. Pero por otro lado, es precisamente lo que temen los regímenes, los cambios culturales, de ahí su desconfianza sobre los avances del capítulo tercero del Proceso de Barcelona, el cultural, social y humano, cuyas consecuencias repercuten incluso en la exigencia de transparencia económica, dado el poder oculto, político y económico controlado por las elites. Aunque la AEM no sea la única posibilidad, dado el interés estadounidense por la zona, lo que se plantea es fortalecerla y reorientarla, pero no sustituirla.*

Una región como la mediterránea con *enormes asimetrías* políticas, sociales, económicas y culturales, aumentadas por la globalización y las tecnologías de la información y las comunicaciones, requiere cumplir el compromiso político planteado tanto por la Unión Europea a través de la PESC y por la OTAN mediante la intensificación del Diálogo Mediterráneo y su conversión en una asociación capaz. También demanda que se favorezca el planteamiento multilateral en lugar del bilateral, incluso recurriendo a un marco de «geometría variable».

Para facilitar estos objetivos, sobre todo los Estados árabes reconocen y piden que no se trate de *imponer el modelo de seguridad europeo* sino dibujar uno común y orientar las iniciativas para que los países de la Unión Europea se muevan más por motivaciones comunitarias mediterráneas que por las internas. En paralelo, las dificultades para consolidar un diálogo euromediterráneo pleno seguirá situándose en la división del concepto de seguridad y en la correspondencia de la seguridad *hard* para la OTAN y la seguridad *soft* para la Unión Europea.

No todas las razones del estancamiento del proceso de construcción de un marco euromediterráneo cooperativo y seguro apuntan directamente a los países de la orilla sur mediterránea. La Unión Europea tiene que revisar su papel y acción en *un triple diálogo*. Primero, *el diálogo interior*, para profundizar en su integración si quiere desarrollar un papel político global con una sola voz, incluir la política mediterránea como una cuestión interna y para despejar las dudas sobre la PESC y la gestión de la Zona Schengen. En segundo lugar, *el diálogo con los agentes mediterráneos*, debe replantearse un reinicio del Proceso de Barcelona, alentando una copresidencia o presidencia alternativa, un banco euromediterráneo de inversión (varias veces aplazado), la cooperación económica, energética y medioambiental, aplicar programas educativos, destacar los vínculos no gubernamentales, facilitar los intercambios de información y una Interpol euromediterránea. Por último, el diálogo con los agentes externos, es decir las relaciones con la OTAN, el desarrollo de nuevos foros con Estados Unidos, Rusia y China.

En esa dirección es importante la *complementariedad del Diálogo Mediterráneo y el Proceso de Barcelona* a través de la OTAN (manteniendo la coherencia transatlántica, la interoperabilidad; la asociación política y estratégica en seguridad y defensa) y la Unión Europea, respectivamente. La Unión Europea puede financiar iniciativas de seguridad y defensa creando un área geopolítica comparable al Espacio Europeo de Schengen y reforzando su participación en la prevención y solución de las crisis. La OTAN puede

concentrarse en el Diálogo Mediterráneo práctico, en el terreno militar y en los temas de seguridad y defensa, complementando otras iniciativas. Concretando esta cooperación y la capacidad para intervenir en esas crisis, puede avanzarse en el ámbito de la formación, mediante una sesión mediterránea del centro europeo de seguridad y defensa, un centro de adiestramiento, un hermanamiento oficial militar, la cooperación operativa, la policía aérea y marítima, potenciando los «Grupos de batalla 1.500» con el equilibrio entre socios y la participación en operaciones de asistencia.

Las expectativas y propuestas chocan con *el gran fracaso del proceso de paz en Oriente Medio*, añadiendo que la propuesta del «Gran Oriente Medio» patrocinada por Estados Unidos ha sido un fracaso más rotundo ya que desde que se formulara no ha tenido definición ni concreción alguna. Y chocan con la lenta negociación y ratificación de los acuerdos entre la Unión Europea y los PMS y con la falta de diálogo franco sobre el terrorismo y las migraciones.

¿Cómo queda, pues, este *marco global euromediterráneo* después de la Cumbre de Barcelona de 2005? Fácilmente se puede pensar que la coexistencia de distintas iniciativas, como el Proceso de Barcelona, la PEV, el Gran Oriente Medio, el Diálogo Mediterráneo de la OTAN o el Foro Mediterráneo, lo abocan al fracaso. Sin embargo, el surgimiento de alianzas nuevas capaces de superar los bloques geográficos o las iniciativas estancadas son una gota de esperanza en un mar de pesimismo: el Grupo 5+5; el Grupo de Marruecos, España y Francia en materia Justicia e Interior o el de España y Turquía en la alianza civilizaciones.

Pero también se alcanza a visibilizar que la *convergencia de tres elementos* puede evitar ese fracaso, a saber, una evolución más favorable del contexto internacional que plantee una solución aceptada para el conflicto palestino-israelí (lo contrario de lo que sucede en los últimos años), un liderazgo y voluntad políticas ampliadas y reforzadas y la reforma institucional unida al refuerzo de la visibilidad institucional del proceso euromediterráneo.

A este respecto, queremos traer a este final, las opiniones de expertos y participantes en foros específicos sobre el proceso de diálogo y cooperación euromediterráneos. J. Núñez nos habla de un Proceso de Barcelona adecuado para afrontar los problemas de la región necesitado de activar la voluntad política más que crear nuevas «criaturas» comunitarias. En opinión de R. Gillespie, habrá dos velocidades, contra lo iniciado en el Proceso de Barcelona en 1995, a la vez que la PEV es imparable, por lo que sólo la división de tareas garantiza que el marco euromediterráneo sobreviva también como espacio cooperativo.

Un aspecto no tratado en este documento salvo alguna mención aislada como la *cooperación descentralizada en el Mediterráneo* puede tornarse relevante para construir asociaciones perdurables y capaces de asegurar la sostenibilidad, asociaciones entre territorios, empresas, organizaciones sociales, universidades, centros de investigación, etc. Esto implica a distintos niveles institucionales y sociales de ambas orillas que pueden reubicar y trasladar las estrategias de la AEM en relación con el buen gobierno y la democratización, así como relanzar las relaciones horizontales entre el Norte y el Sur.

Un mayor énfasis en la cooperación descentralizada potenciará las relaciones intrasur, porque ganan protagonismo y visibilidad diversas organizaciones y la sociedad civil a nivel regional, disminuyendo el aislamiento y la dispersión. En definitiva, este tipo de cooperación puede servir para repensar el encaje entre la PEV y la AEM en un esquema a largo plazo y sostenible.

Después de exponer el proceso de inicio del marco euromediterráneo, las iniciativas fundamentales del diálogo euromediterráneo a través de la Unión Europea y la OTAN, cabe preguntarse por la forma en *cómo relanzar los diálogos mediterráneos*. Y para este propósito, nada mejor que traer algunas de las intervenciones habidas en el coloquio internacional organizado por la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE) –celebrado en Sevilla y Madrid durante abril de 2004 y auspiciados por la Liga de Estados Árabes, Carta Mediterránea, Parlamento Europeo, FRIDE, Tres Cultural del Mediterráneo y la Universidad Alcalá de Henares– porque resumen bien el estado de la cuestión y de opinión generalizada sobre la situación de las relaciones euromediterráneas.

Una primera valoración es que el diálogo regional debe ser abordado tratando un conjunto de criterios y estrategias conjuntamente como la exclusión de la exclusión, los liderazgos formales e informales, la interculturalidad y un instrumento o plataforma civil (Bruquetas). Una segunda aportación, del Informe del Grupo de Sabios, pretende ir contra el tópico académico y político del choque de civilizaciones, indicando que:

«El choque de civilizaciones en el espacio euromediterráneo no es más que una quimera instrumentada por algunos y esperada por otros.»

Apostando por convertir la cultura en la palanca de construcción progresiva de un sentimiento común. Una tercera constatación rotundamente realista concreta que la «paz sigue siendo una absoluta entelequia», atribuyendo al diálogo euro-árabe excesiva retórica e insatisfacción y estableciendo al conocimiento y respeto una condición indispensable para ese diálogo (Martínez Montávez). Por último, nos hacemos eco de la constatación sobre la necesidad de diálogo entre los propios árabes y de que la reforma tenga un impulso fundamentalmente desde dentro y tenga apoyo multilateral (Mohamed El Fatal Naciri).

Bibliografía

ALEJANDRE, L.: «La seguridad en el Mediterráneo», *Boletín de información* del CESEDEN, número 273, pp. 7-22, 2002, disponible en: www.ceseden.es

ALIBONI, R.: «El enfoque de la Asociación Euromediterránea en materia de derechos humanos y democracia», en AMIRA, H. y YOUNGS, R. (coords.): *La Asociación Euromediterránea una década después*, pp. 46-64, FRIDE y Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, disponible en: www.realinstitutoelcano.org

ÁLVAREZ, J.: «Diálogo Mediterráneo de la OTAN», *Monografías* del CESEDEN, número 86, abril de 2006, «Una década del Proceso de Barcelona: evolución y futuro», pp. 328-352, disponible en: www.ceseden.es

AMIRA, H. y YOUNGS, R.: «Proceso de Barcelona: balance de una década de Asociación Euromediterránea», *ARI*, número 137, noviembre de 2005, disponible en: www.realinstitutoelcano.org

- Boletín informativo* FRIDE, junio de 2004: «Coloquio internacional ¿cómo relanzar los diálogos mediterráneos?», disponible en: www.fride.org
- CABANAS, F.: «La UE y la seguridad en el Mediterráneo», *Boletín de información* del CESEDEN, número 254, septiembre de 1998, disponible en: www.ceseden.es
- CARACUEL, M. A.: «Los diálogos mediterráneos en la arquitectura de seguridad europea», *Cuadernos de Estrategia*, número 125, disponible en: www.ieee.es
- COMISIÓN DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS: Comunicación de la Comisión al Consejo y al Parlamento Europeo relativa a la consolidación de la Política Europea de Vecindad, COM (2006) 726 final, Bruselas, 4 de diciembre de 2006, disponible en: www.ec.europa.eu
- Comunicación de la Comisión al Consejo y al Parlamento Europeo relativa a la preparación de la Conferencia Euromediterránea de Ministros de Asuntos Exteriores de Tampere (27 y 28 de noviembre de 2006). La Asociación Euromediterránea: pasar a la acción, COM (2006) 620 final, Bruselas, 25 de octubre de 2006, disponible en: www.ec.europa.eu
- COMITÉ DE LAS REGIONES: Conferencia Regional EUROMED Barcelona +10, disponible en: www.cor.europa.eu
- Declaración de Barcelona adoptada en la Conferencia Euromediterránea de 1995, disponible en: www.euromedbarcelona.org
- Declaración de las regiones y ciudades de la Asociación Euromediterránea en ocasión del décimo aniversario de la firma de la Declaración de Barcelona, 2005, disponible en: www.gencar.net/relacions_exteriors
- EMERSON, M. y NOUTCHEVA, G.: «Del Proceso de Barcelona a la Política de Vecindad», Med. 2005, IEMED, 2006, disponible en: www.iemed.org
- EuroMesco: «Barcelona Plus: hacia una Comunidad Euromediterránea de Estados democráticos», abril de 2005, disponible en: www.euromesco.net
- FERNÁNDEZ-ARIAS, C.: «Problemas de estabilidad en el Magreb», *Panorama estratégico 2004-2005*, pp. 193-202, Ministerio de Defensa, disponible en: www.ieee.es
- «Magreb», *Panorama estratégico 2005-2006*, pp. 149-170, Ministerio de Defensa.
- GARCÍA, L.: «Conclusiones», en «La convivencia en el Mediterráneo Occidental en el siglo XXI», *Monografía*, número 41, disponible en: www.ceseden.es
- IEMED: «Encuesta. Diez años del Proceso de Barcelona. La sociedad civil opina», disponible en: www.iemed.org
- JOFFÉ, G.: «La inversión extranjera en el contexto de la Asociación Euromediterránea», en AMIRA, H. y YOUNGS, R. (coords.): *La Asociación Euromediterránea una década después*, FRIDE y Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, pp. 34-45, disponible en: www.realinstitutoelcano.org
- KHADER, B.: «La inmigración y la Asociación Euromediterránea», en AMIRA, H. y YOUNGS, R. (coords.): *La Asociación Euromediterránea una década después*, FRIDE y Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, pp. 89-99; disponible en: www.realinstitutoelcano.org
- KIENLE, E.: «¿Es posible una reforma política mediante una reforma económica? Los países del sur del Mediterráneo diez años después de la Declaración de Barcelona», en AMIRA, H. y YOUNGS, R. (coords.): *La Asociación Euromediterránea una década después*, FRIDE y Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, pp. 20-33, disponible en: www.realinstitutoelcano.org
- MIRA, C.: «La presentación del Mecanismo Euromediterráneo para las Inversiones: ¿Hacia un nuevo Banco Euromediterráneo?», *ARI*, número 79/2002, disponible en: www.realinstitutoelcano.org

Monografía del CESEDEN, número 83: «Los 25 miembros de la Unión Europea en la cuenca occidental del Mediterráneo en el décimo aniversario del apoyo al Proceso de Barcelona», pp. 113-136, Madrid, diciembre de 2005.

– «Un instrumento concebido en la OTAN como una nueva APP para el Mediterráneo», pp. 92-106.

– «La capacidad del Diálogo 5+5: foro informal para la cooperación en el Mediterráneo Occidental», pp. 60-73.

Monografía del CESEDEN, número 89: «El papel europeo en la instauración de una comunidad mediterránea de seguridad», pp. 4-17, disponible en: www.ceseden.es

– «Las nuevas amenazas para la seguridad de la comunidad mediterránea», pp. 19-45.

– «Iniciativas para la estabilidad en el Mediterráneo», pp. 61-77.

PACE, M.: «Las iniciativas culturales de la AEM: ¿qué relevancia política?» AMIRA, H. y YOUNGS, R. (coords.): *La Asociación Euromediterránea una década después*, FRIDE y Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, pp. 65-74; disponible en: www.realinstitutoelcano.org

PARENTE, G.: «Las seguridad cooperativa en la región mediterránea», *Boletín de Información* del CESEDEN, número 240, noviembre de 1995, disponible en: www.ceseden.es

PRAT Y COLL, J.: De la Conferencia de Barcelona al Diálogo Mediterráneo de la OTAN.

– «La nueva política mediterránea de la Unión Europea», *Boletín de Información* del CESEDEN, número 240, noviembre de 1995, disponible en: www.ceseden.es

– «La Asociación Euromediterránea: ¿quo vadis Barcelona?», *Monografías* del CESEDEN, número 86, abril de 2006, «Una década del Proceso de Barcelona: evolución y futuro», pp. 353-388.

REINARES, F.: «Mediterráneo y terrorismo internacional: ¿un nuevo marco para la cooperación?», *ARI*, número 149, diciembre 2005, disponible en: www.realinstitutoelcano.org

SENDAGORTA, F.: «La iniciativa para una nueva vecindad: la dimensión mediterránea», *Cuadernos de Estrategia*, número 125, disponible en: www.ieee.es

SOLER Y LECHA, E.: «El Mediterráneo tras la Cumbre de Barcelona. La necesidad de una voluntad política ampliada», *Documentos CIDOB, Mediterráneo*, número 5, Fundación CIDOB, junio 2006, disponible en: www.cidob.org

TANNER, F.: «Cooperación en materia de seguridad: ¿hacia una nueva reforma?» en AMIRA, H. y YOUNGS, R. (coords.): *La Asociación Euromediterránea una década después*, FRIDE y Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, pp. 75-88, disponible en: www.realinstitutoelcano.org

WETTER, I.: «Valores y principios comunes como base para el Diálogo Mediterráneo en el Parteneriado Euromediterráneo», *Boletín electrónico* del CESEDEN, número 9, marzo de 2007, disponible en: www.ceseden.es

YAHIA, Aviv Ben: «El Diálogo Mediterráneo y los conflictos regionales», *ARI*, número 63/2003, disponible en: www.realinstitutoelcano.org

YOUNGS, R.: «El Proceso de Barcelona, diez años después. ¿Un modelo para afianzar la reforma árabe?», *Documento de trabajo 2*, enero de 2005, FRIDE, disponible en: www.fride.org

Sitios de Internet

En: www.ceseden.es

En: www.cidob.org

En: www.euromed.barcelona.org

En: www.euromed.eurosur.org

En: www.euromesco.net

En: www.europa.eu

En: www.femec.org

En: www.fride.org

En: www.iemed.org

En: www.realinstitutoelcano.org